

EL COMUNISMO EN EL CERCANO ORIENTE: JORDANIA

Ricardo Patte

En esta pequeña serie de estudios, necesariamente general, debido a las limitaciones de espacio, me propongo examinar la situación del comunismo en algunos de los países críticos del Cercano Oriente, vista la creciente tensión que distingue su vida política y la importancia indiscutible que reviste la cuestión desde el planteamiento del problema de Suez y la intervención de la influencia soviética en esta zona del mundo. Comienzo con Jordania, país que, como resultado de una vertiginosa evolución en el último año, ha pasado ostensiblemente de la esfera de influencia británica a la de Egipto y de Siria y que bien puede ofrecer un campo asaz promotor para las maquinaciones del sovetismo interventor.

Jordania, llamada en tiempos de la dominación británica, Transjordania, nació a la vida independiente como consecuencia del retiro de las fuerzas armadas de la Gran Bretaña, la creación de Israel en parte de la antigua Palestina y el reajuste general que sobrevino después de la liquidación del sistema de mandatos, imperante desde los tratados de paz a raíz de la primera guerra mundial. Debido a la presencia británica en su economía y lo que ha sido más vital, en su ejército —la famosa Legión Árabe— Jordania conoció durante algún tiempo una paz relativa, notándose la ausencia de los *coup d' états*, revueltas, motines y manifestaciones callejeras que han caracterizado a tantos de los países de la región. En una extensión considerable de puro desierto, con una población calculada en un millón de habitantes más o menos, y con recursos naturales limitados, Jordania vivió bajo un régimen paternalista sin sobresaltos y sin las graves inquietudes que son el fruto del impacto con el Occidente. Esta Jordania pacífica y sosegada se transformó con la división de la Palestina, cuando se vió adjudicada una parte importante de aquel territorio y particularmente la antigua ciudad de Jerusalén. Su población se dobló y con ella, un contingente considerable de árabes palestinos, cuyo nivel de vida y experiencia cívica sobrepasaba en mucho los de los indígenas jordanos. El estímulo de esta expansión territorial y el aumento de su población modificó sensiblemente la estructura social y política de la nación. Un sector importante de los nuevos habitantes profesaban la fe cristiana y es innegable que su presencia en Jordania ha contribuido no-

tablemente a abrir esta tierra fundamentalmente musulmana a nuevas influencias. El ejemplo más espectacular de la modernización de Jordania es la transformación de su capital Amman, de una aldea insignificante de 2.000 beduinos hace treinta años en una ciudad moderna de 160.000. Estuve una semana en Amman, lo que me permitió apreciar los adelantos urbanos y el progreso material de este centro de población. La desaparición de Abdullah, primer rey de la Jordania unida, desencadenó una crisis dinástica que culminó finalmente con el advenimiento al trono de Hussein, el joven monarca que preside los destinos nacionales actualmente. Hasta el año pasado el país había permanecido vinculado a la alianza británica y dependía en forma directa de los subsidios consentidos por Londres. La expulsión de Glubb Pachá, comandante de la Legión Árabe; la constante crisis fronteriza con Israel y finalmente las elecciones de octubre de 1956, introdujeron nuevos elementos insospechados en una situación que ha comenzado ya a mostrarse profundamente inestable. Si Jordania se convierte, como todo parece indicar, en el tercer elemento en la alianza Egipto-Siria-Jordania, es útil examinar hasta qué punto el comunismo desempeña un papel en la política nacional.

La historia de la penetración comunista comienza con un tal Dr. Subhi Abu Ghanima, miembro destacado del partido Istiqlal (independista) en la Palestina. Este dirigente fundó en Amman hacia 1935 una Unión de Trabajadores Jordanos, cuya existencia fué relativamente efímera, pero de suficiente duración para indicar que los comunistas habían logrado infiltrarse en ella. Más tarde, en 1936, un nuevo esfuerzo se realizó por Qasim Milhim de organizar el minúsculo proletariado jordano. Durante la segunda guerra mundial, varios grupos de etiqueta exótica y sin raíces profundas en el país, lanzaron llamamientos a la independencia y contra el régimen británico. Pero hasta 1949, estas actividades continuaron marginales sin arrastrar ningún sector importante de la población. El país carecía de tres elementos indispensables para el fomento del comunismo: un proletariado industrial; un campesinado consciente y una élite urbana capaz de encauzar el movimiento de ideas. Con la unión de la parte de Palestina que correspondió a Jordania, la situación cambió en todos sus aspectos. Dos comunistas palestinos, Fuad Nasir y Rishdi Shain comenzaron la labor de organización dentro del nuevo territorio. La presencia en Jordania de miles de refugiados de la guerra contra Israel parecía ofrecer un medio punto menos que hecho a la medida para la agitación marxista. Recuérdese que el partido comunista griego se había desarrollado primordialmente entre los helénicos que habían sido expulsados de sus hogares en Turquía. Sin embargo, y a pesar de encontrarse unos 450.000 refugiados en el país, los nuevos dirigentes no dedicaron su atención preferente a esta masa amorfa sino a crear los "cadres" de militantes, especialmente entre los profesionales, los estudiantes y los pocos obreros especializados. En lugar de predicar la doctrina de acción directa por parte de las masas, se prefirió hacer hincapié en la hostilidad universal contra los británicos; los resentimientos contra el llamado sistema feudal y la necesidad imperiosa e inaplazable de reformas sociales. La nación nacía a la independencia desprovista de todo el aparato económico indispensable para su verdadera autonomía. Nada podía esperarse del Occidente porque ayuda occidental era sinónima de tutela, colonialismo e imperialismo. El ambiente moral y emocional se iba creando paulatinamente sin que se hiciese una propaganda procomunista descarada. Aña-

dase a este clima político y social especial, el profundo malestar producido por el apoyo incondicional ofrecido a Israel por las principales potencias capitalistas: la Gran Bretaña y los Estados Unidos. La "Liga de Liberación Nacional" dominada por los izquierdistas pudo, en 1949, proclamar la Unión Soviética como aliado de la buena causa puesto que Moscú había apoyado la resolución de las Naciones Unidas sobre la internacionalización de Jerusalén, que coincidía en aquel momento con la política de Jordania. El sionismo y sus efectos servía igualmente de caballo de turco para explicar todos los males que aquejaban al país. En las tres ciudades jordanas de Jerusalén, Nablus y Belén, los comunistas bajo la etiqueta de "Bloque Popular" participaron en las elecciones de 1950 y lograron elegir algunos de sus candidatos, especialmente a Rushdi Shahin y el Dr. Abdul Majid Abu Hajla en Nablus donde recibieron los comunistas el 25 por ciento de los sufragios. Hacia fines de 1951, el partido salió a la superficie con el nombre de "Partido Comunista Jordano" y se calcula en unos 700 los militantes activos. El partido estaba oficialmente proscrito a pesar de su aparición pública y para evitar las consecuencias de una clandestinidad demasiado engorrosa, optó por subrayar en su propaganda la necesidad de la paz y apoyar el movimiento pro-paz que en aquel entonces constituía una de las importantes armas de la propaganda soviética. En diciembre de 1951, el secretario del partido, Fuad Nasir fué arrestado, condenado y encarcelado, pero ya para esta fecha el mecanismo del partido estaba funcionando con rara eficacia. El gobierno impuso restricciones a la actividad comunista en 1953 mediante una ley que declaraba toda persona culpable de la difusión de publicaciones comunistas sujeta a prisión. La supuesta "persecución" contribuyó a aumentar el prestigio del partido. Nuevas revistas y periódicos aparecieron y se logró establecer un frente popular en que participaron varios miembros del parlamento. En las elecciones de 1954 varios comunistas resultaron electos y consiguieron unirse con algunas corrientes nacionalistas para combatir la política exterior del gobierno. Entre diciembre 1955 y enero 1956 una serie de motines y desórdenes en que los marxistas desempeñaron un papel decisivo, mantuvo a Jordania y su gobierno en un estado de perpetuo sobresalto.

Los comunistas en Jordania han sabido aprovechar la necesidad indiscutible de una reforma social. Han sabido canalizar un sentimiento justificado favorable a una distribución más equitativa de la riqueza. La ausencia de una oposición capaz de hacer frente a sus desmanes, les ha valdo igualmente. Algunos de los más destacados entre los palestinos han hecho causa común con ellos por hostilidad a la terquedad de los gobernantes en admitir una colaboración y participación más amplias en la cosa pública. Es evidente a la luz de los acontecimientos que el partido comunista jordano es un movimiento casi exclusivamente de la burguesía y particularmente de la *élite* intelectual y profesional. Las masas excepto en aquellos casos en que han estallado, movidas por resortes indirectos, permanecen pasivas. Esta dirección combinada con el intenso nacionalismo que vive Jordania como los otros países árabes, y la ausencia de un renacer islámico suficientemente fuerte para poner coto al extremismo, constituyen los factores determinantes en la situación.

tablemente a abrir esta tierra fundamentalmente musulmana a nuevas influencias. El ejemplo más espectacular de la modernización de Jordania es la transformación de su capital Amman, de una aldea insignificante de 2.000 beduinos hace treinta años en una ciudad moderna de 160.000. Estuve una semana en Amman, lo que me permitió apreciar los adelantos urbanos y el progreso material de este centro de población. La desaparición de Abdullah, primer rey de la Jordania unida, desencadenó una crisis dinástica que culminó finalmente con el advenimiento al trono de Hussein, el joven monarca que preside los destinos nacionales actualmente. Hasta el año pasado el país había permanecido vinculado a la alianza británica y dependía en forma directa de los subsidios consentidos por Londres. La expulsión de Glubb Pachá, comandante de la Legión Árabe; la constante crisis fronteriza con Israel y finalmente las elecciones de octubre de 1956, introdujeron nuevos elementos insospechados en una situación que ha comenzado ya a mostrarse profundamente inestable. Si Jordania se convierte, como todo parece indicar, en el tercer elemento en la alianza Egipto-Siria-Jordania, es útil examinar hasta qué punto el comunismo desempeña un papel en la política nacional.

La historia de la penetración comunista comienza con un tal Dr. Subhi Abu Ghanima, miembro destacado del partido Istiqlal (independista) en la Palestina. Este dirigente fundó en Amman hacia 1935 una Unión de Trabajadores Jordanos, cuya existencia fué relativamente efímera, pero de suficiente duración para indicar que los comunistas habían logrado infiltrarse en ella. Más tarde, en 1936, un nuevo esfuerzo se realizó por Qasim Milhim de organizar el minúsculo proletariado jordano. Durante la segunda guerra mundial, varios grupos de etiqueta exótica y sin raíces profundas en el país, lanzaron llamamientos a la independencia y contra el régimen británico. Pero hasta 1949, estas actividades continuaron marginales sin arrastrar ningún sector importante de la población. El país carecía de tres elementos indispensables para el fomento del comunismo: un proletariado industrial; un campesinado consciente y una élite urbana capaz de encauzar el movimiento de ideas. Con la unión de la parte de Palestina que correspondió a Jordania, la situación cambió en todos sus aspectos. Dos comunistas palestinos, Fuad Nasir y Rishdi Shain comenzaron la labor de organización dentro del nuevo territorio. La presencia en Jordania de miles de refugiados de la guerra contra Israel parecía ofrecer un medio punto menos que hecho a la medida para la agitación marxista. Recuérdese que el partido comunista griego se había desarrollado primordialmente entre los helénicos que habían sido expulsados de sus hogares en Turquía. Sin embargo, y a pesar de encontrarse unos 450.000 refugiados en el país, los nuevos dirigentes no dedicaron su atención preferente a esta masa amorfa sino a crear los "cadres" de militantes, especialmente entre los profesionales, los estudiantes y los pocos obreros especializados. En lugar de predicar la doctrina de acción directa por parte de las masas, se prefirió hacer hincapié en la hostilidad universal contra los británicos; los resentimientos contra el llamado sistema feudal y la necesidad imperiosa e inaplazable de reformas sociales. La nación nacía a la independencia desprovista de todo el aparato económico indispensable para su verdadera autonomía. Nada podía esperarse del Occidente porque ayuda occidental era sinónima de tutela, colonialismo e imperialismo. El ambiente moral y emocional se iba creando paulatinamente sin que se hiciese una propaganda procomunista descarada. Añá-

dase a este clima político y social especial, el profundo malestar producido por el apoyo incondicional ofrecido a Israel por las principales potencias capitalistas: la Gran Bretaña y los Estados Unidos. La "Liga de Liberación Nacional" dominada por los izquierdistas pudo, en 1949, proclamar la Unión Soviética como aliado de la buena causa puesto que Moscú había apoyado la resolución de las Naciones Unidas sobre la internacionalización de Jerusalén, que coincidía en aquel momento con la política de Jordania. El sionismo y sus efectos servía igualmente de caballo de turco para explicar todos los males que aquejaban al país. En las tres ciudades jordanas de Jerusalén, Nablus y Belén, los comunistas bajo la etiqueta de "Bloque Popular" participaron en las elecciones de 1950 y lograron elegir algunos de sus candidatos, especialmente a Rushdi Shahin y el Dr. Abdul Majid Abu Hajla en Nablus donde recibieron los comunistas el 25 por ciento de los sufragios. Hacia fines de 1951, el partido salió a la superficie con el nombre de "Partido Comunista Jordano" y se calcula en unos 700 los militantes activos. El partido estaba oficialmente proscrito a pesar de su aparición pública y para evitar las consecuencias de una clandestinidad demasiado engorrosa, optó por subrayar en su propaganda la necesidad de la paz y apoyar el movimiento pro-paz que en aquel entonces constituía una de las importantes armas de la propaganda soviética. En diciembre de 1951, el secretario del partido, Fuad Nasir fué arrestado, condenado y encarcelado, pero ya para esta fecha el mecanismo del partido estaba funcionando con rara eficacia. El gobierno impuso restricciones a la actividad comunista en 1953 mediante una ley que declaraba toda persona culpable de la difusión de publicaciones comunistas sujeta a prisión. La supuesta "persecución" contribuyó a aumentar el prestigio del partido. Nuevas revistas y periódicos aparecieron y se logró establecer un frente popular en que participaron varios miembros del parlamento. En las elecciones de 1954 varios comunistas resultaron electos y consiguieron unirse con algunas corrientes nacionalistas para combatir la política exterior del gobierno. Entre diciembre 1955 y enero 1956 una serie de motines y desórdenes en que los marxistas desempeñaron un papel decisivo, mantuvo a Jordania y su gobierno en un estado de perpetuo sobresalto.

Los comunistas en Jordania han sabido aprovechar la necesidad indiscutible de una reforma social. Han sabido canalizar un sentimiento justificado favorable a una distribución más equitativa de la riqueza. La ausencia de una oposición capaz de hacer frente a sus desmanes, les ha valido igualmente. Algunos de los más destacados entre los palestinos han hecho causa común con ellos por hostilidad a la terquedad de los gobernantes en admitir una colaboración y participación más amplias en la cosa pública. Es evidente a la luz de los acontecimientos que el partido comunista jordano es un movimiento casi exclusivamente de la burguesía y particularmente de la élite intelectual y profesional. Las masas, excepto en aquellos casos en que han estallado, movidas por resortes indirectos, permanecen pasivas. Esta dirección combinada con el intenso nacionalismo que vive Jordania como los otros países árabes, y la ausencia de un renacer islámico suficientemente fuerte para poner coto al extremismo, constituyen los factores determinantes en la situación.